

Alberto Prieto

AULLIDOS Y PUÑALES

el viaje de la loba

© 2025, Alberto Prieto

© 2025, Editorial Runaris

Diseño editorial: Editorial Runaris

Contacto: info@editorialrunaris.es

Web: www.editorialrunaris.es

ISBN: 978-84-09-74278-3

Sello: Editorial Runaris

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo autorización expresa, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcial, en cualquier soporte y por cualquier medio técnico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, conforme a lo establecido en la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual tipificado en los artículos 270 y siguientes del Código Penal español.

El titular de los derechos se reserva el derecho de ejercer las acciones legales, civiles y/o penales, que correspondan para la defensa y protección de esta obra.

ÍNDICE

CAPÍTULO I: LUNA DE TRANQUILIDAD.....	7
CAPÍTULO II: LUNA DE FAMILIA.....	33
CAPÍTULO III: LUNA DE DESASTRE.....	57
CAPÍTULO IV: LUNA DE ENCUENTRO.....	85
CAPÍTULO V: LUNA DE BÚSQUEDA.....	109
CAPÍTULO VI: LUNA DE CAPTURA.....	139
CAPÍTULO VII: LUNA DE HUIDA.....	161
CAPÍTULO VIII: LUNA DE AMBIGÜEDAD.....	185
CAPÍTULO IX: LUNA DE RUINA.....	215
CAPÍTULO X: LUNA DE RESURGIMIENTO.....	245
CAPÍTULO XI: LUNA DE VALOR.....	269
CAPÍTULO XII: LUNA DE LOBO.....	291
CAPÍTULO XIII: LUNA DE FUTURO.....	311

CAPÍTULO I

LUNA DE TRANQUILIDAD

El autobús arrancó una vez la profesora de Historia confirmó que nadie se quedaba en tierra. La visita al conjunto arqueológico de Medina Azahara empezaría en menos de una hora, y aunque no se tardaba tanto en llegar desde Posadas, era mejor asegurarse de ir con tiempo de sobra.

Maira se había sentado junto a la ventanilla. Total, ninguna de sus amigas iba a estar con ella. Las muy intensas habían tenido que ir por el Bachillerato de Ciencias en vez de Humanidades. Bueno, ellas se perdían las interesantes visitas culturales que realizaban asiduamente en dicha modalidad. Que se quedasen mirando por esos microscopios la sangre que ellas mismas se extraían mediante pinchazos en el dedo.

—“Y después, fin de semana” —pensó, pues hoy era viernes.

Maira sacó su móvil y comenzó a ojear las novedades en su perfil de Instagram, la famosa red social sin la cual un adolescente promedio de 2024 no podría sobrevivir. No encontró ninguna novedad más allá de un mensaje privado de su amiga Laura en el que le deseaba un divertido día.

—“Lo disfrutaré. Que os lo paséis bien machacando hojitas” —escribió, pues tenía entendido que sus amigas iban a hacer una práctica para extraer pigmentos vegetales de las hojas.

Comenzó a revisar las fotos subidas recientemente. Allí estaba ella, con su familia y amigas, celebrando su cumpleaños hacía menos de dos semanas. Hasta se veía de fondo la gran encina de su

jardín decorada con las típicas bolas navideñas y las coloridas lucecitas. En realidad, era un fastidio cumplir años el 3 de enero, pero suponía que su madre no había podido aguantar más para expulsarla de sus entrañas. En cualquier caso, Maira no era una niña caprichosa. Al menos, si la comparamos con el resto de chicas de dieciocho años. Desde que tenía uso de razón, había sabido llevar bien lo de compaginar los regalos de Reyes y su cumpleaños. Nunca pedía más por coincidir ambas fechas. Bueno, a ver, un detallito extra nunca está de más. Sin embargo, este cumpleaños había sido un poco más especial, pues ya era legalmente una adulta. Sus padres le habían regalado por fin lo que tradicionalmente se otorgaba a los suyos cuando cumplían la mayoría de edad: un abalorio con algún elemento procedente de lobos. En su caso, le habían regalado dos pendientes, cada uno con un hermoso colmillo blanco que alguna vez estuvo en la mandíbula de su bisabuela. Porque... sí, Maira no era una chica normal. Nadie en su familia lo era, de hecho. Ella era una mujer lobo. Una licántropa.

¿Quién no conoce el mito del hombre lobo? Mitad bestia y mitad humano, son criaturas que siempre han rondado el imaginario popular. Hay muchas historias sobre ellos, cada una con versiones distintas en cuanto a su naturaleza y origen. Pero aquí, en España, el licántropo es más que un cuento. También es más que una leyenda, y hunde sus primitivas raíces en un suceso que aconteció hace ya mil años. Pero para entender al licántropo, antes hay que entender a los seres cuya naturaleza le dan forma: el lobo y el humano. El primero, una criatura de los bosques, adorado por algunas culturas por ser un símbolo de protección, fertilidad o la encarnación de antiguos dioses. Para otros, un demonio satánico, un devorador de la campiña y el monte, un terror que mora cuando el sol se esconde. Y luego está el humano, ese ser que se declara consciente y proclama dominar la naturaleza bajo sus leyes. Un ser hecho a semejanza de Dios que debió traer la prosperidad al mundo y, sin embargo, su camino se tornó tan gris como el cielo que amenaza el aguacero. El humano es bueno. El humano es malo. Y entre ambos, ese gris.

Esta historia va de grises, de lucha y de paz, de libertad y ataduras, de hechos pasados y de aquellos que están por venir. También habla de amor y odio, y de la delgada línea que separa ambos mundos, que no son más que caras de una misma moneda: la unión de todas las cosas. El equilibrio para que este mundo sea un lugar mejor.

Maira estiró las piernas en su asiento y miró su reflejo en el cristal. Su melena castaña estaba tan despeinada como de costumbre, aunque a ella le encantaba tenerla así. Le daba un aire salvaje, sexy. Además, así compensaba la enorme cantidad de pecas que tenía en la nariz. No es que le gustaran, pero ya se había acostumbrado a ellas. De niña no hacía más que quejarse de ese hecho, pero eso había cambiado cuando entró en secundaria. Muchas chicas decían que les resultaba “cuqui”, así que aprendió a convivir con ellas.

Extendió el móvil hasta colocarlo desde un ángulo superior y se sacó una selfie. Primera foto de la excursión para chinchar a sus amigas. La retocó un poco, haciendo destacar sus ojos grisáceos, una característica que compartían casi todos en su familia.

—“Sufrid, putis” —pensó mientras subía la nueva publicación, tras lo cual guardó el móvil.

Lo cierto es que le apetecía dormir a pierna suelta. Quizá lo mejor hubiera sido quedarse en casa en lugar de ir a la excursión. Pero a Maira le encantaba la Historia, y una visita a las ruinas de la gran ciudad construida por el califa omeya Abderramán III no iba a perdersela. No es que no la hubiera visto nunca, pero cuando se es pequeño no se aprecia ni se valora la Historia de la misma manera. Eso sí, lamentaba haber salido por la noche. Desde su casa, a las afueras de Hornachuelos, se podía acceder perfectamente a los bosques del Parque Natural que llevaba su nombre, una de tantas joyas de Sierra Morena. La noche había estado apacible, fría, pues el invierno de enero en aquella zona podía ser intenso. Pero eso no importaba para liberar su naturaleza más salvaje y oculta. Había deambulado por aquellas serranías en

su forma licántropa, corriendo por los montes y sorteando mares de encinas bajo la luz de la luna. Aulló a la oscuridad hasta cansarse y sintió la frescura de la hierba hasta bien entrada la noche. Sentir sus garras y colmillos de bestia le hacía sentir viva, feliz. Era un sentimiento que seguramente compartirían todos los de su especie, pues era una parte de su esencia que no podía ser reprimida.

Eso sí, a cuenta de todo eso, Maira durmió poquísimo. Cuando deshizo su transformación y volvió a su apariencia humana, ya eran casi las cinco y media de la mañana. A las siete solía levantarse para coger el autobús escolar que la llevaba al instituto donde estudiaba, en el vecino pueblo de Posadas, así que apenas había dormido. Sin embargo, no pudo evitar liberar a su bestia interna aquella noche. Llevaba casi una semana sin hacerlo y empezaba a sentirse vacía, como un cuerpo sin alma.

Cuando bajó a desayunar por la mañana, su madre notó al instante que había estado de parranda, pues las ojeras eran difíciles de disimular.

—Sarna con gusto no pica —le había dicho en tono burlón.

No es fácil para un licántropo permanecer mucho tiempo en forma humana. Pueden controlar su transformación, sí, incluso son conscientes en todo momento cuando lo hacen. Pero si pasa tiempo sin que adopten su forma animal... la naturaleza les llama a hacerlo cuanto antes. Es un impulso indescriptible que martillea la cabeza y no para hasta que dan rienda suelta al animal de su interior.

Por supuesto, hay que tener extremo cuidado. Nadie puede verles cuando adoptan ese aspecto, pues causaría una alarma social sin precedentes. Imagínadlo: “Un vecino de Hornachuelos ve a un hombre lobo mientras vuelve a casa”. Sería un desastre para los licántropos de todo el país. Es por eso que todos viven en entornos rurales, cerca de bosques o montañas, donde poder transformarse sin riesgo a ser descubiertos.

Además, los licántropos siempre deben cuidarse de una amenaza que les ha acechado desde sus orígenes: los Cazalobos. Tan antiguos como los licántropos, los Cazalobos son una sociedad secreta que tiene como fin exterminar a los que tienen la condición de bestia. Maira no sabía demasiado sobre ellos, pues sus padres siempre habían preferido que cuanto menos supiera, mejor.

De todas formas, nadie puede distinguir a un humano normal de un hombre lobo en su forma mundana. Teniendo cuidado por las noches no debería haber ningún peligro, así que tampoco es algo que le preocupara en absoluto.

—Vaya cara tienes, Maira —dijo su profesora al mirar hacia atrás, pues se había sentado en el asiento de delante—. ¿Has tenido mala noche?

—Pufff... Yo diría que no —respondió ella, recordando sus carreras por la oscura sierra—. Pero... no sé, supongo que me sentó mal la cena.

No era mentira. Ella ya le había advertido a su madre que aquellos brócolis no tenían muy buen aspecto. De hecho, los había vomitado esa noche en el bosque. Tampoco había podido cazar nada pequeño durante su incursión, así que se podía decir que se había ido a dormir muerta de hambre. Los licántropos evitaban matar y devorar animales grandes, tales como ciervos, jabalíes o ganado. Sería muy raro que por todo el país aparecieran animales destrozados y descuartizados sin motivo aparente. Podría ser sospechoso, no porque saliera en los titulares de prensa y en el telediario, sino porque podría alertar a los Cazalobos. Un licántropo tenía que ser, ante todo, discreto.

—Bueno. Cuando te cuenten la historia de Medina-Azahara te espabilarás, seguro —le dijo la profesora antes de volver a colocarse en su asiento.

En cuestión de media hora el autobús llegó al centro de visitantes del conjunto arqueológico y aparcó en el lugar destinado para ello. Las puertas se abrieron y Maira bajó de él junto al resto

de la clase. En ese momento, la chica se revolvió a toda velocidad para atrapar una mano que se dirigía a su costado.

—¡Uy! ¡Casi! —dijo Alfonso, un chaval bromista al que le gustaba intentar hacerle cosquillas.

—Lento, muy lento... —le dijo Maira, soltándolo—. Anda, vete a payasear por ahí.

Alfonso soltó una carcajada y se fue con su grupo de amigos. Según sus amigas, a Alfonso le molaba. Maira no creía eso ni por asomo, pero dejaba que ellas fantasearan con la idea.

Un autobús llegó poco después y aparcó detrás del suyo. De él bajaron más chicos y chicas que, por las pintas, debían cursar también Bachillerato. Sería una excursión de otro instituto, intuyó Maira.

Como era de esperar, los contactos con los recién llegados empezaron pronto. A los de su clase les emocionaba contactar con gente de otros centros. Era una manera fácil y entretenida de conocer gente, por no mencionar que surgirían muchos potenciales rollos y líos amorosos. A Maira no le hacía especial ilusión conocer gente de otros pueblos o ciudades, y más cuando sabía que acabaría por olvidarse de contactar con ellos regularmente. Para ella, las relaciones a veces eran como una plantita que, si no la riegas todos los días, se seca y muere. La jardinería con personas no era para ella.

Los dos institutos se dirigieron al interior del edificio que hacía la función de centro de visitantes, con su museo y explicaciones correspondientes. Un monitor hizo una interesante introducción sobre la antigua ciudad y explicó brevemente la clase de objetos que se podían encontrar expuestos.

—“Está mereciendo la pena” —se dijo mientras oía las explicaciones.

Cuando acabó, todos se dispersaron por el lugar para ir viendo las piezas expuestas. Maira sacó el móvil e hizo capturas de las que

más curiosas le resultaron, así como de los carteles que las describían. Cuando llegó a un expositor más grande, comenzó a dar unos pasos hacia atrás sin dejar de apuntar con el móvil. Tenía que buscar una buena perspectiva. Pero entonces, su espalda chocó contra algo y perdió el equilibrio, cayendo al suelo.

—¡Ay! Perdón, perdón —se disculpó al ver que su choque había sido con una persona.

Cuando pudo observarla, se percató de que se trataba de una chica del otro instituto visitante. Tenía el pelo corto pero abundante, de un rojo tan intenso que le hizo pensar que debía ser escocesa o irlandesa. Tenía la piel muy clara, tanto que le hizo recordar aquella escena de la película *Crepúsculo* donde Edward salía bajo el sol y brillaba como los tubos fluorescentes de las cocinas.

—No, no, no pasa nada —se excusó la chica—. Es que ni te he visto venir...

Maira y ella se pusieron de pie. Fue en ese momento cuando vio que la chica llevaba un bloc de dibujo entre sus brazos.

—¿Eres de Artes? —preguntó Maira señalando al cuaderno.

La chica asintió y le mostró lo que estaba dibujando. Eran las piezas del museo, realizadas a lápiz pero con muy buena técnica. O eso pensaba ella, aunque entendía poco de dibujo.

—Sabes que hoy día se pueden hacer fotos, ¿no? —le dijo Maira moviendo el móvil en su mano.

—Sí... pero es para un proyecto de clase que...

—¡Que es broma! —exclamó Maira guardando el móvil en el bolsillo—. Me molan tus dibujos. Ojalá yo supiera hacer cosas así.

La chica esbozó una fugaz sonrisa.

—Es cuestión de práctica. Yo empecé de niña dibujando paisajes... y luego fui probando a hacer cosas distintas —explicó con voz suave.

La chica parecía avergonzada. O Maira era demasiado lanzada, que tampoco era mentira.

—Oh... Guay, guay. ¿Y de qué instituto sois?

—De uno de Bailén.

—¡Anda! Vecinos jiennenses. Nosotros venimos de Posadas. Está cerca, a media hora más o menos en función de lo fuerte que se pise el acelerador —explicó Maira haciendo un movimiento con la pierna.

—Nosotros hemos tardado casi una hora y media en llegar. Hemos salido súper temprano... —se quejó poniendo los ojos en blanco.

—Pufff... Qué ganitas. Por cierto, soy Maira.

—Yo, Ara.

—¿Ara? No he escuchado en mi vida ese nombre. ¿Es de aquí?

—No, no. Yo soy de Broto, un pueblecito del Pirineo, en Huesca. Allí no es un nombre tan raro.

Maira se sorprendió al oír eso, aunque calzaba con sus observaciones. Tenía poca pinta de ser andaluza, y su acento terminó de delatarla.

—Vaya, eso está un poco lejos. ¿Cómo has venido a parar aquí?
—preguntó interesada.

—Por trabajo de mi padre, básicamente. La empresa en la que trabajaba cerró y le salió trabajo aquí —explicó encogiéndose de hombros—. Nos vinimos hace un par de años.

Una explicación simple y sencilla, como a Maira le gustaba. A pesar de que hacer amistades que vivían a más de cien kilómetros

no era de su agrado, aquella chica parecía muy agradable. Se le hacía entrañable.

—Bueno, pues... ¿Me acompañas a la sala de al lado? — preguntó Maira metiéndose las manos en los bolsillos de la sudadera.

Ara sonrió como si le hubieran dado la mejor noticia del mundo.

—Sí, claro.

Ambas pasaron a la sala adyacente y continuaron viendo la exposición. Sin saber cómo, acabaron charlando sobre el Islam en España. Maira aportaba algo de Historia, mientras Ara comentaba los detalles artísticos de los objetos que veían, además de hacer bocetos lo más rápido que podía. Pasada media hora, un megáfono anunció que los buses lanzadera comenzarían a transportar a los visitantes hasta las ruinas de la ciudad de Medina-Azahara.

—Mejor me voy con mi clase —dijo Ara mientras se dirigían a la salida—. ¿Nos... vemos luego?

—¡Claro! La que llegue antes que espere en la entrada —acordó Maira, que también se marchó con su grupo.

Bueno, al menos no estaría toda la excursión sola. Ara era más interesante que las chicas de su clase. No es que se llevara mal con ellas, pero su manera de ser no terminaba de calzar con lo que buscaba.

Maira llegó después que Ara a las ruinas de la ciudad. Como habían acordado, ella estaba esperándola en la entrada.

—Ea, vamos —dijo Maira en cuanto llegó.

Ambas accedieron a la ciudad y el monitor comenzó a introducir el recorrido. Maira tomaba fotos de cada esquina, columna o mosaico que aparecía ante ella. Usaría las fotos para apoyar su trabajo de Historia sobre los omeyas, del que no esperaba bajar de un sobresaliente.

Durante el trayecto, ambas chicas trataron de conocerse un poco mejor. Había surgido una buena conexión entre ellas. Maira descubrió que Ara era un año mayor, pues había repetido en la ESO cuando tuvo una etapa de rebeldía adolescente. Por suerte, no le había durado mucho y había encauzado su desempeño académico a tiempo. También supo que no vivía en Bailén, sino en un pueblo de la sierra llamado Baños de la Encina, a escasos veinte minutos de allí. Cogía el bus escolar todos los días, pues, al igual que le ocurría a Maira, en el instituto de su pueblo no ofertaban Bachillerato.

Comentaron sobre sus series favoritas, canciones y películas, descubriendo que tenían mucho en común. A ambas les gustaban las películas de terror y compartían su odio a las de ficción protagonizadas por superhéroes. También les gustaba el rock, por lo que no dudaron en escuchar algunos grupos mientras comían el bocadillo durante el tiempo de descanso. Hacía tiempo que Maira no se sentía tan a gusto con alguien, si se excluían sus amigas de siempre, claro. Por supuesto, intercambiaron sus direcciones de Instagram para seguir en contacto.

—Joe, qué duro está este tapón... —masculló Ara tratando de abrir una botella de agua de cristal.

Había llegado la hora del almuerzo. Los profesores habían dejado un rato libre para que comieran y terminaran de ver lo que les quedaba del conjunto arqueológico. Ambas estaban sentadas junto a un pórtico de arco de herradura, sacando las fiambreras.

—Trae, a ver si yo me atrevo —dijo cogiendo la botella.

Giró despacio el tapón, pero este no cedió. Apretó los dientes frustrada y realizó un segundo intento, pero no salió como esperaba. Tanta fuerza aplicó que destrozó el cristal de la boquilla, resquebrajándose después el resto de la botella.

—Ay... lo siento... —se disculpó sacudiendo las manos.

En realidad, Maira temía que pasara algo así. A pesar de estar en su forma humana, un licántropo tiene capacidades físicas por

encima del promedio. No por nada en la ESO era imbatible en las competiciones deportivas. Hasta los chicos caían ante sus marcas, que seguían sin ser superadas por nadie.

—¿Te has cortado? —preguntó Ara, preocupada.

Un poco de sangre brotaba por la palma de la mano de Maira.

—No es nada. ¿Ves? —se lamió la herida varias veces—. Nada que la saliva no pueda curar.

Su acción arrancó un intento de risa en Ara. Sacó de su mochila un pañuelo y se lo entregó.

—Límpiate, por lo menos —le dijo, señalando unas gotas de sangre.

Maira obedeció. Luego arrojó el papel en una papelera cercana.

—Toma mi botella —le ofreció, pues no quería dejar a la chica sin beber por su culpa.

Ara la aceptó sin objetar nada, pero trató de no beber mucho. Tampoco es que a Maira le hubiera importado, pues podía aguantar sin beber más tiempo que un humano normal. Cuando le devolvió la botella, decidió indagar un poco más acerca de Ara.

—Oye, ¿te has sacado el carnet? —preguntó mientras cerraba la mochila.

—Sí, pero no el de coche —respondió esta—. Tengo el de moto, el A1.

Eso sorprendió a Maira. No se la imaginaba vestida de cuero, con casco y subida en una Yamaha o Kawasaki.

—Ostras, qué guay. ¿Pero tienes moto?

—¡Qué va! Cojo la de mi padre cuando me hace falta. Si tuviera, no tendría que coger el bus todos los días para ir al insti.

—Cierto. No lo había pensado.

—¿Tú tienes carnet? —preguntó Ara cuando terminó de tragar un trozo de su sándwich de salchichón.

—Quiero ponerme este verano, que ya voy tarde. Entre una cosa y otra no he podido...

Iba a seguir hablando cuando se percató de que todos los demás comenzaban a dirigirse a las afueras del conjunto. Al parecer, se había dado el aviso de que iba siendo hora de volver a los autobuses. A Maira no le gustó demasiado la idea. Quería seguir allí, con Ara. Era una mierda que viviera tan lejos.

Se estaban dirigiendo hacia el bus lanzadera cuando Ara reparó en algo.

—¿Esos colmillos de los pendientes son de verdad? —preguntó acercándose para observarlos mejor.

—¿Eh? ¡Ah! Sí, mi abuelo se los sacó a un lobo que mató cuando era joven. Ya sabes, cuando todavía había lobos por la sierra —mintió con naturalidad.

Todo buen licántropo debe saber desviar la atención sobre ellos. Las palabras que había pronunciado le dolían incluso siendo mentira. Matar a un lobo era como matar a alguien de la familia, pero debía actuar con naturalidad y seguir los pensamientos de la gente.

Ambas continuaron charlando sobre temas triviales hasta que llegó la hora de despedirse. Ninguna de las dos parecía querer hacerlo.

—Bueno, pues... será mejor que suba —dijo Ara, dedicándole una sonrisa.

Pero Maira dio un paso hacia ella y la abrazó.

—Eres una tía genial. Ojalá pudiéramos quedar alguna vez.

—Bueno, si mi padre me presta la moto... podría ir a tu pueblo —le dijo Ara con cierta ilusión.

—Me encantaría, de verdad.

Tras separarse, Ara subió al autobús. Lo último que Maira vio de ella fue cómo se despedía con la mano hasta que el bus giró por el camino.

Más de una hora después, Maira llegó a casa. Adela, su madre, estaba en el salón corrigiendo las tareas de sus alumnos, pues era maestra en el colegio del pueblo.

—¿Cómo ha ido la excursión? Interesante, ¿verdad?

—Ya te digo. Me llevasteis de chica, pero es como si hubiera ido por primera vez. Es una pasada pensar que todo esto estuvo bajo dominio de califas hasta el siglo XV...

—Y que algunos fueron nuestros ancestros. Tenemos antepasados licántropos musulmanes, eso ya lo sabes —le recordó Adela.

Lo sabía, por supuesto. La historia del origen de los hombres lobo databa de hace mil años, por lo que no había que ser muy listo para deducir que tuvo que haber musulmanes con dicha condición.

—Voy a darme una ducha —anunció Maira.

Subió a su habitación, cogió el pijama y se fue al cuarto de baño. Puede que solo fueran las cuatro de la tarde, pero en menos de dos horas sería de noche. Además, no tenía pensado salir hoy con sus amigas. Se quedaría viendo una serie con el portátil, seguramente. Y por la noche... bueno, quizá diera una vuelta por el bosque.

La ducha le sentó de maravilla. El agua caliente era el mejor remedio para aquella fría tarde invernal. No se molestó en lavarse el pelo, pues si salía esta noche seguro que se lo ensuciaba, aunque fuera un poco. Cuando salió de la ducha se puso su pijama de Minnie Mouse y se dirigió a la cocina a hacerse un té. Fue en ese momento cuando escuchó la puerta de su casa abriéndose y la

inconfundible voz de su padre. Solía llegar siempre por esta hora, cuando terminaba el servicio de cocina del bar que regentaba en el pueblo.

—¿A que no sabes quién me ha llamado? —oyó decirle.

Maira fue hasta el salón, donde ya se encontraba él.

—¿Los de Pesadilla en la cocina para grabar en tu bar? —preguntó Maira en tono jocoso.

—Qué graciosa es mi niña —dijo su padre al verla—. No, mucho mejor. ¡Ha llamado Manuel para que vayamos mañana a pasar el día con ellos!

Adela dejó de corregir las tareas de los niños y alzó la vista, sorprendida. A Maira le sobrevino una corriente de nerviosismo al oír esas palabras.

—¡Jura! —dijo, feliz.

Su padre asintió con firmeza.

—Vaya. ¡Menuda sorpresa! —mencionó Adela—. Voy a tener que adelantar hasta tarde con estas correcciones si quiero tenerlas listas para la semana que viene. Maira, llama a tu hermano para decírselo, anda.

Salió a toda prisa hacia su habitación, cogió el móvil y llamó al contacto etiquetado como “Cachorrín”. Era el nombre que le tenía puesto a su hermano, aunque en realidad se llamaba Fernando.

—Pulgoso, mañana vamos anca Manuel —dijo en cuanto su hermano le cogió la llamada—. No vayas a llegar muy tarde.

Sabía que decirle eso serviría de poco. Un crío de doce años lo último que pensaba era en llegar a casa un viernes a las ocho de la tarde. Pero ella ya había cumplido su misión de avisarle.

La expectación de ir a ver a la familia de Manuel estaba más que justificada. Todos ellos eran licántropos. Vivían en un coqueto chalecito en Cortelazor, en plena sierra de Huelva. Las dos familias

se conocían desde hacía mucho y de vez en cuando hacían reuniones para deambular por el bosque en comunión. Cuando estaban en forma animal, el sentimiento de unión y de pertenecer a la manada se acentuaba enormemente, por lo que para un licántropo era casi un ritual el poder conectar con otros semejantes.

Pero además de eso, Maira tenía otras razones para ir. Manuel y su mujer, Carla, tenían tres hijos. Las pequeñas eran dos mellizas de once años, las cuales adoraban especialmente a su hermano, ya que eran casi de la misma edad. Pero ellas tenían un hermano mayor de diecinueve años. Y eso era lo que le interesaba a Maira: Manu, el hijo mayor de Manuel y Carla. Llevaba prendada de él desde hacía años, aunque nunca se había atrevido a decirle nada. Tampoco es que Manu hubiera mostrado nunca interés en ella, al menos de la manera que desearía. Pero, *puffff...* era tan guapo... y simpático, muy simpático.

Menos mal que su vida social no era muy excelsa. Trabajaba de mantenimiento en un camping cerca de Fuenteheridos, por lo que se pasaba casi todo el tiempo allí. A él le encantaba ese trabajo, pues estaba permanentemente en contacto con la naturaleza. Pero claro, salía poco de juerga. Aun así, hace cuatro años tuvo una novia cuando aún estudiaba en el instituto de Aracena. Maira estuvo una temporada devastada por aquello. Por suerte para ella, esa relación terminó unos meses después. Y desde entonces, Manu seguía disponible.

Maira estaba mentalizándose de ir a por todas, de sacar las garras y seducirle con su ahora mayoría de edad.

Maira subió inmediatamente a su habitación para elegir la ropa que se pondría para la visita. También pasarían la noche allí, como era de esperar, pues probablemente salieran todos a aullar a la oscuridad del bosque. Por lo tanto, esta noche no saldría ella. Quería estar decente para mañana. Era un fastidio, pues de haberlo sabido se habría lavado el pelo.

—“Meh, me haré un par de trenzas” —pensó mientras se miraba en el espejo—. “Con mis pecas estaré adorable”.

Una vez hubo preparado un pequeño equipaje, se tumbó en la cama y comenzó a ver un capítulo de una serie en su portátil. Querría haber empezado el trabajo de Historia, pero estaba demasiado emocionada para pensar en ello ahora.

Al final acabó viendo un segundo capítulo, y cuando acabó, ya era de noche. Solo eran las siete de la tarde, pero bastaba para que la oscuridad cubriera el lugar. Maira quiso salir al jardín a que le diera un poco el aire. Refrescaba bastante, pero le resultó agradable. Caminó por el césped hasta acercarse a la centenaria encina que vigilaba sus terrenos. Ese árbol llevaba ahí varias generaciones, pues la casa que habitaban llevaba siglos en pie. Evidentemente, se había reformado muchas veces, de lo contrario hoy día sería una simple ruina. Siempre había estado habitada por licántropos, por los antepasados de Maira. Su familia era la única de la provincia de Córdoba, que ellos supiesen. Había más repartidos por toda Andalucía, varias decenas, de hecho. Por supuesto, no se conocían todos. No es como si los licántropos tuvieran que estar unidos como si fueran una secta. Cada familia tenía su vida y sus relaciones. En palabras más simples, es como la relación que se mantiene en la mayoría de ocasiones con un primo lejano. Está ahí, pero apenas sabes de él.

Maira se acercó al grueso tronco del árbol y se sentó sobre una de sus enormes raíces, que hacía un abultamiento hacia el exterior. Examinó su móvil, pues había pasado casi dos horas sin cogerlo a cuenta de la serie, un tiempo casi de récord para alguien de su edad. Tenía un mensaje privado de Instagram. ¿Sería de alguna de sus amigas? No. Aún mejor. Era de Ara.

—“Hola, Maira. Te escribía para saber si podrías pasarme las fotos que hiciste a las piezas del museo. Me faltan algunas por dibujar y, entre una cosa y otra, se me olvidó hacerles las fotos. Esa cosa y otra eras tú hablando sin parar ;)” —decía el texto.

Maira no pudo evitar soltar una risa. Le respondió con un emoticono y le mandó todas las fotos que había hecho. Ara volvió a escribir:

—“Por cierto, la semana que viene igual vamos mi padre y yo por Córdoba. Si estás disponible, podríamos vernos alrededor de la mezquita”.

A Maira le latió más deprisa el corazón. Le hacía ilusión volver a charlar con ella. Lo de hoy le había sabido a poco.

—“Si es por la tarde, puedo pasarme después del insti” — escribió ella.

Continuaron mandándose más mensajes, la mayoría sobre chorradas y memes, una vez establecieron la quedada. Así permanecieron un buen rato, hasta que la puerta de entrada a la finca se abrió. ¿Sería Fernando? No. Era su abuela.

—¡Abuela! —exclamó Maira al verla llegar. Mandó un último mensaje a Ara para despedirse y guardó el móvil—. ¿Te ha dicho mi madre lo de mañana?

—Por eso he venido antes. Si no, no me veis el pelo hasta la madrugada —dijo con total convencimiento.

Esperanza era, con diferencia, la que más vida social tenía de toda la familia. Casi todos los días salía con sus amigas, ya fuera a los bares o a hacer senderismo por la sierra. A pesar de su edad, cuando se transformaba en loba era capaz de ganar en carrera a Adela y Mateo, lo cual también decía mucho de la forma física de ambos.

Esperanza se acercó a su nieta y se sentó junto a ella, sobre la raíz.

—Hay que ver lo bonito que es este árbol —mencionó mirando la copa—. ¿Sabes que la encina es el árbol de nuestra familia, no?

—Abuela, he oído la historia ya tantas veces que empieza a resultar cansina —se quejó Maira dándole un suave empujón en el hombro.

—Cansina eres tú y todas las crías de tu edad, que dais más importancia al internet que al legado de vuestros ancestros —dijo

ella, malhumorada.

La abuela era un poco gruñona cuando alguien decía algo malo sobre el legado familiar. Ni siquiera tenía que ser un mal comentario; bastaba con que alguien le restara importancia para que ella saltara como los muelles.

Pero sí, Maira era consciente del porqué había una encina en su jardín. Y todo se remontaba al origen de los licántropos, allá por el siglo X en la Península. Por aquel entonces, en plena Edad Media, la superstición y la brujería estaban más presentes que nunca. Los bosques eran mucho más abundantes y profundos que hoy día, lo que daba pie a que cobijaran a todo tipo de criaturas que la mente humana pueda concebir. Pero había algo, un ser que no necesitaba ser imaginado y que causaba más terror que cualquier monstruo: el lobo.

Un ser de la noche, con fauces y garras. Un animal de oscuro origen, vinculado con peligrosas y antiguas magias. Las personas temían a este ser, un pensamiento que estuvo presente hasta tiempos muy recientes. En aquella época, donde el trabajo en el campo era el pilar para la supervivencia, la presencia del lobo aterraba a los moradores de las aldeas y los pueblos. Temían ser atacados cuando se ponía el sol, y el ganado corría el riesgo de amanecer destrozado de las más sanguinarias formas.

Con este telón de fondo, la leyenda cuenta que había un hombre que tenía especial odio a los lobos. Tanto era así que se había convertido en un experto cazador de estos, segando la vida de cientos de ellos. Su odio hacia el animal no entendía de edades. Mataba cachorros, jóvenes, adultos y ancianos sin contemplación alguna.

Se dice que este hombre, salvador para los humanos y cruel engendro para los lobos, vivía en una cabaña con sus dos hijos pequeños, que según las historias se llamaban Guillén y Gómez. Por supuesto, la idea era que ambos continuaran el legado de su padre una vez crecieran, pues los lobos siempre serían una

amenaza que debía ser erradicada. Pero el destino tenía otros planes que harían cambiarlo todo.

En aquella misma región, un anciano ermitaño vivía y paseaba por los bosques cercanos, llevando una vida de plena contemplación. Era un ser pacífico, de corazón bondadoso y que podía ver el bien incluso en lo que los demás llamaban demonios. Este anciano no era ajeno al problema que los lobos podían causar a las gentes de allí, pero también desaprobaba la crueldad del cazador, cuya fama era cada vez mayor.

El ermitaño veía a los lobos como criaturas majestuosas, nobles, y soñaba con la convivencia de ambos mundos. Pero sabía que nadie estaría dispuesto a escuchar, y menos a creer, lo que pensaba.

Como puro acto de respeto, el buen hombre comenzó a enterrar los cadáveres de lobo que encontraba, pues la matanza del cazador era cada vez más frenética. El anciano eligió a los árboles como depositarios de los cuerpos de las bellas criaturas. Los enterró bajo sus copas, entre sus raíces. El lobo era un ser del bosque, y al bosque debía volver, allí donde siempre fue libre y desató su salvaje esencia.

Pero algo ocurrió al margen de todo esto, algo que ni el amable anciano fue capaz de prever. Fue quizá cosa de Dios, o tal vez la intervención de olvidadas deidades de los ancestrales pueblos íberos. Acaso algún tipo de magia o prodigio, pero la leyenda dice que el alma de los animales que descansaban bajo los árboles impregnó a estos con su esencia salvaje. Se convirtieron así en una suerte de tótem de madera y hojas, un faro que irradiaba el alma del lobo cuyas raíces lo acogían. Pinos, robles, hayas, álamos y muchas más especies de árboles quedaron hechizadas por esa presencia. El bosque y el animal volvían a estar unidos, a ser uno.

Fue a partir de este acontecimiento que el licántropo nació. Desde ese momento, si una persona pasaba junto a un árbol en el que un lobo yacía, la esencia de este salía de él y se impregnaba en dicho humano. Estaría ahora dotado de una nueva naturaleza, una

que le haría ver el mundo con otros ojos. Le otorgaría una dualidad que le haría plantearse la realidad como nunca antes. Al abrigo de la noche, podría liberar al lobo que ahora dormitaba junto a su humanidad.

¿Fue esto quizá un plan para que las gentes apreciaran al lobo? Nadie podría responder a eso. Lo que sí está claro en esta historia es que el hechizo alcanzó a Guillén, el hijo menor del cruel cazador, un día que paseaba por el bosque. Cuando su padre y su hermano le vieron adoptar la forma lupina, olvidaron todo el lazo que les unía y procedieron a acabar con su vida, pues no era más que una monstruosidad semejante a las que ellos cazaban. El chico tuvo que huir, dejar atrás su vida, su hogar, pues ya no era como los demás.

El destino quiso, además, que él fuera el primer alcanzado por el sortilegio del árbol y el lobo. El primer licántropo.

Es aquí donde la historia se vuelve más difusa, pero lo que está claro es que los árboles siguieron pasando el alma del lobo a la primera persona que pasaba a su vera. Por supuesto, una vez que los enterramientos de lobos finalizaron al morir el anciano, los árboles dejaron de tener aquella mística propiedad. Pero la magia ya había dejado su sello. Decenas, si no cientos de licántropos, pululaban por los pueblos y aldeas, y todos sus descendientes tendrían consigo la marca del lobo.

Así fue como los licántropos se expandieron con el paso de los siglos, siempre ocultos a ojos de la gente corriente.

Pero hay un último apéndice en este relato. Gómez y su padre, siendo conocedores de la aparición del licántropo, crearon un gremio secreto con el único fin de cazarlos hasta el exterminio. Entrenaron a personas que profesaran el mismo odio que ellos hacia esos monstruos y crearon toda una cultura para que fuera transmitida a sus descendientes, perpetuando su cruzada. Ellos son los infames Cazalobos, enemigos mortales de los licántropos, que los buscan sin descanso y de los cuales estos se esconden. Dos bandos con mil años de antigüedad, maldecidos para no

entenderse jamás, debido al ancestral odio del humano hacia la bestia.

Y es debido a esta historia por la que toda familia de licántropos tiene en su jardín, huerto o finca un árbol concreto de una especie específica. El árbol del que nació la esencia que originó al primer miembro de la familia. En el caso de Maira, la tradición cuenta que su ancestro se vio hechizado por una encina. Aunque, bueno, han pasado casi mil años de aquello. ¿Quién dice que la historia no se ha distorsionado en ese tiempo? A lo mejor fue otro árbol, pero no es eso lo que importa. La encina es la que se ha transmitido y ha llegado a los oídos de su familia, por lo que una encina es lo que tienen en su jardín. Una bella forma de honrar a aquel lobo que lo inició todo y cuyo espíritu se sigue transmitiendo en su familia.

—No olvides ponerte tus nuevos pendientes para la visita —le recordó su abuela—. No hay mejor manera de estar protegida que llevar algo de tus antepasados...

—Sí, abuela, y haré un ritual con una cola de rata y patas de rana para atraer la buena suerte —dijo Maira con ironía, pues no creía en supersticiones ni parafernalias ritualistas.

—Estos jóvenes... —gruñó Esperanza antes de levantarse y entrar en casa.

Maira permaneció bajo el árbol. Se sentía tranquila bajo su enorme copa; incluso le protegía un poco del frío. Pensó en la suerte que tenía. Era especial. Una feroz loba habitaba en su interior, formando parte de su alma. Debía ocultar este hecho a ojos de los demás, sí, pero lo que sentía cuando se liberaba de las cadenas de su forma humana hacía que mereciera la pena. Maira estaba muy orgullosa de ser una licántropa.

A muchos kilómetros de allí, en el pequeño pueblo de Aldeaquemada, se estaba llevando a cabo una reunión en el interior de un viejo almacén. Dada la ubicación del lugar, en plena Sierra Morena y en las lindes de Despeñaperros, era el sitio idóneo

para tratar asuntos importantes lejos de los focos de los lugares más habitados. Además, el pueblo tenía buenas conexiones con municipios manchegos, lo que lo convertía en un punto estratégico de reunión.

—Aquí está el objeto —dijo uno de los presentes, depositando algo sobre una rústica mesa de trabajo—. Lo recibí hace un par de días. Dicen que lo han probado más al norte y han obtenido muy buenos resultados.

Los presentes se inclinaron para examinar aquel artefacto. Su aspecto era de lo más peculiar. No era más que un conjunto de cilindros de madera, amarrados entre sí y formando una suerte de esfera estrellada. Lo que más llamaba la atención era la cuerda que unía los fragmentos: sin duda, era pelo de lobo.

—¿En serio? —preguntó una mujer—. Pero... ¿qué alcance tiene?

El hombre meneó un poco la cabeza antes de responder.

—Un kilómetro... kilómetro y medio... dos. Depende de cuántas de esas bestias haya. Pero funciona —aseguró—. En estos momentos se están fabricando más de estos artilugios para distribuirlos por todo el país. Aquí tengo uno más.

Extrajo de un maletín un objeto idéntico al de la mesa.

—Dánoslo a nosotros —se ofreció un hombre calvo, de mirada ruda—. Seguro que no tardamos en encontrar más licántropos.

—Hay un buen puñado de monstruos por Andalucía, según tengo entendido —dijo otro de los reunidos.

—Especialmente en Jaén. Pongo la mano en el fuego a que hay más de una manada en la Sierra de Cazorla. Es un buen lugar para que vivan las fieras —dijo la mujer.

—Tenemos gente vigilando esa zona —intervino el hombre calvo—. Podemos darles el otro artefacto.

—Creí que lo querías para ir tú mismo —se extrañó el hombre del maletín.

Él negó con la cabeza.

—Tengo un contacto haciendo pesquisas por las provincias cercanas. Ya sabéis, buscando historias, relatos o cuentos de los vecinos de distintos pueblos. Al parecer, ha oído rumores de varias personas que afirman haber escuchado aullidos en las sierras cordobesas...

—Imposible —replicó un anciano que se mantenía algo apartado del cónclave, sentado en una silla—. Según los datos, no hay grupos reproductores en Sierra Morena desde 2003. Además, ya en 2014 no se encontró señal alguna de la presencia del lobo en Andalucía. No, lo que la gente oye no son lobos. Son licántropos.

—Y es por eso que quiero investigar esa zona —argumentó el hombre calvo—. Santa María de Trassierra, Villaviciosa, Hornachuelos... Seguro que algo encuentro en alguno de esos pueblos.

Los reunidos asintieron, conformes. No era un mal plan.

—Muy bien. Toma —dijo el del maletín, lanzándole el objeto que había sobre la mesa.

El hombre lo atrapó al vuelo y lo guardó en una bandolera que llevaba al hombro.

—Traeré más de estos artefactos cuando los reciba. Estaremos en contacto —añadió el del maletín.

La reunión parecía haber concluido. Todos los presentes llevaron las manos al cinto y extrajeron dos puñales relucientes. Eran idénticos entre sí, aunque diferentes a los de las demás parejas. Cada uno tenía un patrón único en la hoja, y los mangos de madera no procedían del mismo tipo de árbol. Todos extendieron los brazos al frente, con los puñales apuntando hacia arriba, y comenzaron a entonar un rezo:

—Liberamos los montes. Liberamos las sierras. Salvamos a las personas. Morimos por matar demonios. Somos Cazalobos. Cuando amanezca, brillaremos. Cuando anochezca, actuaremos.

Finalizado el extraño rito, los presentes comenzaron a abandonar el almacén. Subieron a sus coches y motos para marcharse de Aldeaquemada. El hombre calvo se montó en una Honda roja, algo desgastada. Otra persona hizo lo mismo, acomodándose a su espalda y abrazándolo por la cintura.

—Dentro de poco podrás estrenarte —dijo el hombre, echando un vistazo atrás para mirar a su acompañante—. Creo que tus habilidades son lo bastante buenas como para acabar con una de esas bestias. Para eso has entrenado tanto.

—Estoy deseándolo, papá —respondió Ara, terminando de ajustarse el casco—. Tenía ganas de empezar a ayudarlos. ¡No me puedo creer que por fin pueda ir de cacería!

—Ya eres adulta. Ha llegado el momento. Y recuerda: cuantas más bestias aniquiles, mayor será tu prestigio y rango entre los Cazalobos.

—Seré de las mejores...

—No me cabe duda, pero controla los nervios. No son buenos para este trabajo.

—Que sí...

La moto rugió, y ambos se perdieron por las oscuras y serpenteantes carreteras de la sierra.

CAPÍTULO II

LUNA DE FAMILIA

—¡Ya estamos llegando! —anunció su padre al volante al ver las primeras casas.

—Ya te puedes calmar, fea —dijo Fernando, cubriéndose el cuerpo por las posibles represalias de su hermana—. Vas a ver a tu Manolito...

Maira le lanzó una mirada fulminante. Sin embargo, tenía cómo contraatacar.

—Claro, y tú podrás ver a las mellizas. ¿Ya has decidido con cuál te vas a quedar? Suponiendo que alguna te aguante...

Sabía que su hermano odiaba que mencionara a las mellizas. Como joven adolescente en plena efervescencia hormonal, se sentía muy orgulloso de tener a dos chicas a su alrededor. Quizá, en su alterada percepción de la realidad, pensaba que ambas se le iban a abalanzar y caer rendidas a sus pies. En realidad, Maira dudaba que existiera ese tipo de interés por parte de ellas. Las seguía por Instagram y sabía que eran muy populares en el instituto. Por contra, Fernando aún iba con sus amigos a buscar ranas al embalse y a jugar al escondite por la noche en el pueblo. En cuanto a madurez, aún le faltaba un poco más de cocción.

—Ellas me adoran —dijo él, convencido.

—Claro, claro. Te creo —respondió Maira con fingida seriedad.

Pero Fernando aún no había terminado:

—Al menos puedo hablar con ellas sin tartamudear como una subnormal. ¿Te suena?

Maira le soltó un puñetazo en el brazo en cuanto dijo eso.

—¡Mamá! ¡Dile algo! —se quejó.

—Maira, eres la mayor. No me hagas dudar de ello —dijo Adela, volviéndose para mirarles desde su asiento del copiloto.

—Yo dudo cada día de tus motivos para tener otro hijo. ¿No te bastaba conmigo? —replicó Maira.

Su madre tuvo que reprimir las ganas de reírse. Maira sabía que su humor le encantaba, pero tenía que actuar como madre, al fin y al cabo.

—Venga, que ya vamos a llegar —zanjó Adela, queriendo poner fin a la discusión.

Su abuela soltó un ronquido. Siempre que viajaban en coche terminaba por dormirse.

—Espabila —dijo Maira con suavidad.

Esperanza abrió los ojos despacio y miró de un lado a otro.

—¿Ya hemos llegado?

—Casi, casi —respondió Maira.

Pocos minutos después, la furgoneta en la que viajaban se detuvo frente a una cancela. Habían llegado a la casa de Manuel. Maira notó cómo el corazón empezaba a acelerarse. Su padre bajó del coche y llamó al telefonillo para que les abrieran, pues iba a meter el coche en la finca.

—Por favor, no hables como una tartamuda. No hace gracia —le susurró su hermano al oído con evidente ironía.

Vale, no le faltaba razón al niño. Siempre que veía a Manu después de un tiempo, le costaba hablar con naturalidad. Bajo su mirada, en el momento en que la abrazaba para darle la

bienvenida... algo en su mente colapsaba. Tras los primeros minutos volvía a la normalidad y era capaz de hablar como una persona decente. Al menos, en la mayoría de circunstancias.

La verja se abrió y la furgoneta accedió al recinto. Aparcaron bajo el álamo que crecía junto a la entrada y comenzaron a bajar del vehículo. Lo primero que hizo Maira fue echarse hacia delante las dos trenzas y mirarse en el espejo retrovisor. Todo parecía estar en orden: ligera sombra de ojos, un sutil tono rojizo en los labios. Se revisó el atuendo de arriba abajo para asegurarse de que todo encajaba. Había elegido una minifalda vaquera de vuelo que combinaba a la perfección con unas botas altas marrones. Llevaba una cazadora de tonos pardos y aspecto rústico que, junto al resto del conjunto, le daba un aire de “cowgirl” sexy y desenfadada.

—Vaya conjunto te has puesto para venir al campo. Y además, vas a coger frío en las piernas... —comentó su madre por cuarta vez esa mañana.

—Déjala —intervino su padre—. Es una guapa adolescente. No va a vestirse como una monja, ¿no?

Adela soltó un suspiro y se dirigió a abrir la puerta trasera de la furgoneta para que todos cogieran el equipaje. Fue en ese momento cuando Carla, la mujer de Manuel, salió a recibirlos acompañada de Inma y Mercedes, las mellizas. Y tras ellas apareció Manu, echándose hacia atrás su media melena de tonos rubios. Maira se giró hacia la furgoneta para evitar verle acercarse. Respiró hondo y ensayó su más bella sonrisa.

—¡Hola! —saludó Adela fundiéndose en un abrazo con Carla.

Luego saludaron a Mateo y a Esperanza. Maira no tuvo más remedio que volverse para saludar también, pues Fernando ya estaba hablando animadamente con las mellizas.

—Qué bueno verte, Maira —dijo Manu acercándose y agachándose un poco para darle dos besos.

El olor de su colonia le llegó al instante, cálido y familiar.

—Sí... Me alegro mucho de verte... —respondió ella, como si le costara articular las palabras.

Manu la observó unos segundos de arriba abajo.

—Qué bien te han sentado los dieciocho.

Maira notó cómo le ardían las mejillas.

—¿Tú... crees? ¿En qué... se me nota? —se atrevió a preguntar, aunque al instante se sintió aún más avergonzada.

—Pues en que estás muy guapa. Parece mentira que hayan pasado solo siete meses desde la última vez que nos vimos. Te recordaba distinta... —añadió, esbozando una sonrisa.

Maira no sabía dónde meterse. Entre ellos siempre había habido mucha confianza; eran amigos desde pequeños. Pero desde que las hormonas habían empezado a hacer de las suyas, le resultaba difícil verle solo como eso. Intentó adoptar una actitud más despreocupada.

—Supongo que esa frase la utilizas mucho para ligar con las tías de por aquí, ¿no?

Manu se echó a reír.

—Qué va, te lo juro. Con el curro no tengo mucho tiempo para pensar en chicas. Eso y que aún no he conocido a ninguna que me llame la atención —explicó con rapidez—. A lo mejor no existe.

Perfecto. Su pequeño truco para tantear si había alguna rival había funcionado. Vía libre con Manu.

—Ya aparecerá una en condiciones —dijo con fingida naturalidad—. Y si no, puedo hacer de tripas corazón y ofrecerte voluntaria.

Iba a saco, sí. Había decidido que ese fin de semana iba a ir a por él. No sabía demasiado sobre técnicas de seducción, pero pensaba hacerlo caer en sus redes a su manera. Y su primer método era el de las indirectas con humor: sello personal de Maira.

—Vaya, menudo sacrificio estás dispuesta a hacer. Pero lo tendré presente —dijo él, siguiéndole el juego.

Tras los saludos y la bienvenida, todos pasaron al interior de la casa. Había un cuarto de invitados preparado para Maira y Fernando. A ninguno le entusiasmaba dormir con el otro, pero se aguantarían por una noche. Al fin y al cabo, siempre dormían en esa habitación cuando iban de visita.

Dejaron el equipaje sobre la cama y bajaron a almorzar. Mientras tanto, picaron algo a la espera de Manuel, que había llamado para avisar de que había pinchado una rueda y tardaría un poco más en llegar. Afortunadamente, la espera no se alargó demasiado, y veinte minutos después apareció tan alegre como siempre.

Durante la comida, Maira se sentó junto a Manu, como solía hacer. La mesa estaba dispuesta frente a la chimenea, su sitio habitual para estas reuniones. El plato del día llevaba rodajas de tomate, y como era costumbre, Manu se las pasó a Maira. Siempre decía que lo hacía para que ella comiera más, aunque con el tiempo admitió que simplemente las odiaba. Ese tipo de detalles le parecían a Maira de lo más tierno.

El almuerzo transcurrió entre risas, anécdotas y conversaciones sobre las últimas novedades familiares. Maira no podía evitar mirarle de reojo cada vez que podía. Aunque más de una vez él la pilló haciéndolo. Bueno, pensó, si con eso conseguía que se interesara por ella, bienvenido fuera.

—Oye, ¿quieres que vayamos a dar una vuelta? —le dijo Manu mientras recogía la mesa.

Maira se quedó paralizada unos segundos antes de contestar.

—Claro, claro. Encantada. Pero no me lleves a sitios raros.

—Y lo dice la que disfruta visitando ruinas viejas —dijo él con tono burlón—. Tu cuenta de Instagram habla por sí sola.

—Las ruinas viejas, como tú dices, están en mi lista de lugares interesantes. Normalmente tienen una buena historia detrás de la que se puede aprender —se defendió Maira, sin querer parecer una rarita.

Manu se aguantó la carcajada mientras metía los platos en el lavavajillas.

—Vale, vale, no me mates. Pero creo que te va a gustar —afirmó con convicción.

Una vez todo estuvo recogido, salieron hacia la vieja pick-up blanca que había sido de Manuel, ahora propiedad de su hijo. Manu la usaba a diario para ir a trabajar al camping de Fuenteheridos. A pesar de sus achaques mecánicos, aún funcionaba estupendamente.

Maira se sentó de copiloto, alisándose la falda antes de acomodarse. Tampoco quería enseñar más de la cuenta... al menos por ahora.

El coche arrancó, y se dirigieron por una carretera hacia el norte.

—¿Con ganas de salir esta noche? —preguntó Manu, arqueando las cejas.

—Ya te digo. Iba a hacerlo anoche, pero al saber que veníamos, me aguanté.

A medianoche, ambas familias harían su tradicional incursión nocturna por la sierra. Maira deseaba profundamente correr, saltar y fundirse en la espesura con todos en su forma salvaje. Y, sobre todo, correr junto a Manu. Lo que sucedía bajo la luna... bueno, se quedaba bajo la luna. Intentó apartar de su cabeza aquellos pensamientos que le hacían hervir la sangre. Cuando estaban en forma licántropa, los instintos más primitivos tomaban las riendas. No hacía falta dar demasiadas explicaciones.

Durante el trayecto, Manu le habló de su trabajo y compartió algunas anécdotas divertidas. Maira, por su parte, le contó detalles del instituto, incluso alguna cosa sobre Ara. Fue entonces cuando miró el móvil y vio que tenía varios mensajes suyos.

—“¿Qué tal por Huelva? ¿Dónde andas?” —leía el primero.

Maira ya le había dicho que pasaría el fin de semana en Cortelazor. Por su parte, Ara iba a hacer una barbacoa con unos amigos en el campo.

—“Estoy de excursión con Manu. Ya te hablaré de él” —escribió—. “Pásalo bien con tu peña. Esta noche te escribo”.

Volvió a guardar el móvil tras enviar el mensaje.

—¿Era Ara? —se interesó Manu.

—Bingo.

—Guau. Sí que habéis congeniado para haberos visto solo una mañana. Sorprendente.

—Dímelo a mí. Con lo que me cuesta hacer amistades...

—Siempre te ha pasado. Pero tú eres una tía genial. Lo que pasa es que te cuesta iniciar la conversación, ¿me equivoco?

—Pues sí, listo. La razón es que soy una rancia antisocial y me da pereza mantener tantas relaciones vivas —dijo con resignación—. Me limito a mis amigas... y a tu familia.

—¡Oh! ¡Qué honrado me siento! —dijo él teatralmente.

Llevaban más de media hora de trayecto cuando llegaron a otro de los pueblos serranos. Maira abrió los ojos como platos al ver las murallas que se alzaban imponentes en lo alto del lugar.

—¡Venga ya! —exclamó sin apartar la vista.

—Veo que he acertado de pleno.

—¿Vamos a verlo por dentro? —preguntó emocionada.

—Por dentro y subiremos a las murallas, claro.

—¡Yuju!

Manu aparcó la pick-up en una pequeña plaza frente a la iglesia del pueblo, justo al lado de la entrada al castillo. Bajaron del vehículo y se dirigieron a la ventanilla, donde compraron las entradas para visitar el monumento. También les entregaron un panfleto con información sobre el lugar.

—Es la fortaleza de Sancho IV el Bravo —comentó Maira tras echarle un vistazo—. Se construyó para frenar el avance de Portugal en esta zona...

—Maira, por favor, no me des una clase de Historia —le cortó él, aunque con tono desenfadado—. Esa asignatura no era mi fuerte. La odiaba, de hecho. No me revivas el trauma.

—¿Y entonces por qué hemos venido a un sitio histórico? Es masoquista por tu parte —replicó ella, con una sonrisa burlona.

Manu se quedó unos segundos en silencio. Parecía un poco nervioso.

—Bueno, a ti te gustan estos sitios. Pensé que te lo pasarías bien aquí —dijo, encogiéndose de hombros.

A Maira le subieron unos calores intensos. Manu había elegido ese lugar solo por ella. Tuvo que esforzarse para disimular lo nerviosa que se puso en ese instante.

—Es genial, Manu. ¿Nos... hacemos unas fotos? —propuso, armándose de valor.

Él accedió encantado, y se colocaron de espaldas a uno de los torreones. Maira volvió a notar ese calor en las mejillas cuando él rodeó su cuello con el brazo y acercó su rostro al suyo.

—Salgo como el culo —se quejó Manu al ver la foto.

—¡Qué va! Yo creo que sales fenomenal —se apresuró a decir Maira, que no pensaba borrar esas fotos por nada del mundo—. Pero si quieres, podemos hacernos más en la muralla...

—Sí, por favor. Déjame remediar la cara de orco con la que he salido.

Maira se rió, y ambos subieron por las escaleras hasta lo alto de las antiguas murallas. Desde allí se divisaban las dehesas que se extendían entre encinas y colinas suaves, el paisaje típico de aquellas sierras.

—Oye, Maira... —dijo Manu de pronto, haciendo que ella se girara.

Sacó del bolsillo una pequeña cajita envuelta en papel de regalo. Maira se quedó paralizada por la sorpresa.

—¿Qué... es? ¿Es... para mí...? —preguntó, esta vez con un tartamudeo que no pudo evitar.

—Sí. Llega con unos días de retraso, pero es tu regalo de cumpleaños —dijo él, algo cortado—. Así que... felicidades.

Maira contempló la caja durante unos segundos, y luego se atrevió a cogerla. Rasgó el papel como una fiera, como si en ese instante afloraran las garras de su forma lupina.

—¡Ojú, Maira! Que no te lo va a quitar nadie —comentó él, conteniendo la risa.

Pero ella no paró hasta que descuartizó el papel. Nerviosa, abrió la cajita. En su interior, un hermoso colgante de plata con la forma de la luna llena descansaba sobre una tela púrpura. Era una verdadera preciosidad, y además del metal más apreciado por los licántropos. Sí, existía la entendidísima creencia de que la plata mataba a los hombres lobo y que se hacían balas con ella y *bla, bla, bla...* pero no eran más que chorradas sin sentido alguno. La plata era el metal vinculado a la luna. Y a los licántropos les fascina el

astro de la noche. Solo hay que sumar dos más dos para deducir que es el metal que mejor les representa.

—Es... alucinante...

La cabeza no le daba en ese momento para decir nada más. Acarició el colgante por su contorno sin dejar de admirarlo.

—¿Quieres... que te lo ponga? —se ofreció.

Maira levantó la vista y le miró sin parpadear, hasta que le dio por reaccionar.

—Sí, sí, gracias.

Manu cogió el colgante e indicó a Maira que se girara. Ella dio un respingo cuando notó sus manos rozando su cuello, incluso creyó que iba a comenzar a sudar debido a los nervios.

—Listo. Te lo he puesto un poco más largo, así podrás llevarlo cuando te transformes —le dijo sonriéndole.

Maira observó la luna pendiendo de su cuello. El colgante le llegaba casi hasta el pecho, pero como bien había dicho Manu, así no le incomodaría durante la transformación.

Lo que ocurrió a continuación le pilló tan de sorpresa que casi soltó un gritito. Manu se acercó y le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—De nuevo, felicidades. Dieciocho años es una edad muy importante. —Y luego añadió, cambiando a un tono más jovial—: Ahora puedes ir a la cárcel por hacer el cafre.

A pesar de ser el típico comentario, a Maira le entró una ligera risa floja, aunque más bien estaba liberando involuntariamente la tensión acumulada.

Recorrieron toda la muralla y luego bajaron al patio de armas, tras lo cual acabaron la visita.

—Oye, ahora que me fijo, el colgante hace muy buen juego con tus pendientes —mencionó Manu mientras se dirigían al coche—. ¿Te los han regalado por tu cumple?

—Sí, son colmillos de mi bisabuela. Es el regalo que más ilusión me hizo.

—Pues te sientan de maravilla. Acentúan ese aire salvaje tuyo. Aunque hoy vienes muy “cuqui” con tus trencitas. Nunca te las había visto.

Otra oleada de calor le subió hasta la cara. Empezaba a perder la cuenta de las veces que le había pasado hoy.

—Bueno... quería probar un cambio de look —mintió, pues no iba a decirle que tenía el pelo hecho un asco.

Se llevó las manos a las mejillas. Sí, las tenía calientes. Manu abrió la pick-up y ambos subieron a ella.

—Pues te favorece mucho. Aunque tú siempre has sido muy guapa.

—“Manu, para. Me va a estallar el corazón” —pensó al notar cómo se le aceleraba. Tenía que devolvérsela—. Tú... siempre me has parecido muy atractivo. Me recuerdas a esos tíos de la serie que veía mi madre: *Pasión de Gavilanes*, pero sin sombrero ni caballo.

Manu se echó a reír, aunque desvió la mirada. ¿Se habría avergonzado por el piropo? No, no se imaginaba a Manu cohibido por algo así.

—Pues tendré que empezar a usar sombrero y montar a caballo. Así molaré más, ¿no?

—Puedo imaginarte a caballo, pero no con sombrero —le dijo Maira en tono divertido—. Parecerías el típico granjero viejo. Solo te faltaría llevar una pajita en la boca.

Hubo más risas. El trayecto de vuelta fue más divertido si cabe que el de ida, pues ambos parecían haberse soltado más y daban rienda suelta a las bromas y ocurrentes comentarios. Maira no podía asegurarlo, pero quería creer que Manu también sentía algo por ella. Lo que estaba claro es que ya no eran adolescentes que jugaban con el móvil en la plaza del pueblo. Algo había cambiado, o estaba cambiando. Y Maira estaba deseándolo.

El manto de la noche cubrió los cielos. Una furgoneta oscura aparcó a las afueras de una pequeña casa encalada, en las afueras de Villaharta, en plena sierra cordobesa.

—¿Qué hora es? —preguntó Antón a su hija mientras se ponía una boina para cubrir su cabeza calva.

—Casi la una de la mañana —respondió Ara, mirando el móvil. Estaba un poco inquieta—. ¿Por qué no han venido más con nosotros?

—No hará falta. Ya has visto a nuestro objetivo. No darán muchos problemas —replicó Antón con naturalidad.

Padre e hija habían pasado todo el día vigilando a la pareja de ancianos que vivía en aquella casa. Los encontraron de casualidad mientras hacían un recorrido por esa zona de la sierra. El misterioso objeto funcionaba de maravilla. Había comenzado a vibrar y girar apenas entraron en el pueblo, la prueba que necesitaban para saber que cerca había licántropos.

Con ese objeto, los Cazalobos darían una vuelta de 180 grados a la situación. Tras siglos de arduas investigaciones, de recorrer cientos de kilómetros a ciegas y de muchas frustraciones por no encontrar a las bestias, ahora tenían la solución. Era imposible distinguir a un humano normal de un licántropo cuando se ocultaba tras una máscara de persona, pero eso acababa de cambiar. Lo habían logrado. Habían logrado fabricar un objeto capaz de localizar e indicar la presencia de los monstruos. Antón no tenía ni idea de cómo habían hecho semejante prodigio, pero estaba claro que tenía que haber alguna explicación de carácter

místico. No en vano, los Cazalobos tenían miembros dedicados a estudiar a los licántropos, a buscar puntos débiles y arrojar luz sobre todo lo que les concernía. En cuanto esos objetos circularan por las manos de todos los Cazalobos del país, extinguir a las bestias sería solo cuestión de tiempo.

—Con lo viejos que son, seguramente estén ya durmiendo — dijo Antón, observando la casa, que estaba a oscuras.

Abrió la guantera y dejó ver una caja de madera que vibraba de manera sospechosa. Ara la cogió y la abrió. Dentro, la extraña e irregular esfera fabricada con cilindros de madera parecía empujar en dirección a la casa.

—Están ahí —dijo Ara con seguridad.

Cerró la caja y volvió a dejarla en la guantera. Ara sacó sus dos puñales y se los colgó en el cinto. Lo mismo hizo su padre con los suyos. Luego se colocaron guantes de cuero negro y metieron en el bolsillo un pasamontañas cada uno, por si fuera necesario. No creían que fuera el caso, pero siempre cabía la posibilidad de que tuvieran cámaras de vigilancia.

Ambos salieron del coche y ocultaron los puñales con la chaqueta.

Dichas armas eran el elemento insignia de los Cazalobos. Cada par era único, diseñado específicamente para cada miembro del gremio. Tenían gran importancia, gozando incluso de nombre propio. La pareja de puñales de Ara se llamaba “Suspiros de la Montaña”, pues el artesano que se los fabricó lo hizo pensando en su hogar en el Pirineo. Tenían grabados de copos de nieve en la hoja, y la empuñadura estaba hecha de madera de abeto, un árbol muy abundante en aquellas montañas. Ese era un aspecto compartido por todos los puñales que se fabricaban: el mango debía estar hecho de madera. No necesariamente de la misma especie de árbol, pero era obligatorio que fuera de ese material. No era un simple capricho de los artesanos. Era la clave para asesinar a los licántropos.

Las armas convencionales resultaban poco o nada efectivas contra las bestias. Aun en su forma humana, la regeneración al daño era descomunal. Ciertamente es que podrían baleales la cabeza con una ráfaga de ametralladora, pero había que ser conscientes de la realidad. En España, ni era fácil conseguir ese tipo de armas, ni era lo más disimulado para no levantar sospecha ni dejar rastro. Salir del coche armado con rifles o fusiles de asalto y disparar varias veces no entraba en el concepto de “discreción”. Además, tras muchos estudios realizados durante siglos, se había llegado a la conclusión de que no bastaba con matar al licántropo mediante daño físico. Había que destruir también su esencia de lobo o, de lo contrario, esta vagaría hasta impregnar un árbol, como ya pasó en los albores de su origen. Esto podría ocasionar que apareciera un nuevo licántropo cuando alguien pasara junto a ese árbol. Y los Cazalobos no podían permitir eso. Las bestias debían ser erradicadas física y espiritualmente. Dada la importancia de los árboles para los licántropos, los Cazalobos descubrieron que usar madera de las especies arbóreas que albergaron los cadáveres de lobo ocasionaba que esa esencia no volviera a reencarnarse. Suponían que quedaba atrapada en la madera del mango, por lo que se evitaba para siempre que esa magia diera lugar a una nueva bestia.

—Vamos por la parte de atrás —dijo Antón en voz baja.

Ambos se dirigieron hacia allí, donde un muro cercaba la propiedad. Este medía aproximadamente dos metros, aunque eso no era nada para ellos. Un Cazalobos entrenaba desde niño multitud de facetas necesarias para llevar a cabo su trabajo: atletismo, rastreo, colocación de trampas, espionaje, búsqueda de información y, sobre todo, combate con puñales. Eran máquinas diseñadas para encontrar y matar a las bestias.

Padre e hija miraron a un lado y a otro, vigilando que nadie les viera colarse en el jardín. Por suerte, una casa a las afueras y en un pequeño pueblo no era el lugar más frecuentado a esas horas.

—Tú primero —le apremió Antón.

Ara se encaramó al muro y cruzó al otro lado sin mucho esfuerzo. Luego su padre hizo lo mismo. Rodearon despacio la casa, y fue entonces cuando una luz se encendió en el interior. Ambos intercambiaron miradas. Ara puso en práctica una idea. Se acercó a la puerta principal de la casa y vio dos grandes macetones flanqueándola. De una patada, derribó uno de ellos, que hizo un ruido sordo al caer. Luego repitió el proceso con el otro y se ocultó donde la luz no la alcanzara.

Se oyó una voz desde el interior y unos pasos aproximándose a la entrada. Se abrió la puerta y una mujer de avanzada edad se asomó por ella.

—¿Pero qué...? —murmuró tras ver el estropicio.

No tuvo tiempo de decir más. Antón salió de la oscuridad y se colocó a su espalda a la velocidad del rayo. Le tapó la boca con la mano y le clavó uno de los puñales en el cuello. Se lo sacó al instante y volvió a repetir el proceso, esta vez en el corazón. Ara observaba paralizada la escena. Nunca había presenciado un asesinato en directo. Creía estar preparada para ello, pues estaban haciendo lo correcto al eliminar a las peligrosas fieras. Pero lo que veía era una delicada anciana cuyos ojos acababan de perder su brillo. Ara se notó respirando con dificultad y tuvo que hacer un gran esfuerzo por recomponerse tras esa primera impresión.

—Ara, ¡apaga la luz! —le ordenó su padre entre dientes.

Tardó unos segundos en reaccionar, pero enseguida entró en la casa y apagó las luces, quedándose todo a oscuras. Al mirar hacia la entrada, vio cómo la silueta de su padre guardaba el puñal en el cinto y sacaba el otro. Luego lo alzó y lo dejó caer con fuerza sobre el cráneo de la anciana. Un licántropo acababa de morir para siempre. Con un puñal había atravesado su corazón, matando su cuerpo. Con el otro había destruido su cerebro, allí donde reside la mente del lobo. El ancestral ritual de asesinato de licántropos desarrollado hace siglos.

Depositó el cuerpo de la anciana junto a unos arbustos del jardín e indicó a Ara que inspeccionase la vivienda. Ella caminó despacio por el pasillo, sin quitarse de la cabeza la imagen que acababa de presenciar. Un ronquido le hizo detenerse. Estaba frente al dormitorio de la pareja. Su padre llegó junto a ella.

—Este es para ti. Será tu primera presa, Ara —le dijo al oído, poniendo una mano sobre su hombro.

El corazón de Ara latía a toda prisa. Estaba nerviosa. Tenía miedo. Inseguridad. ¿Duda? No era capaz de ordenar todo lo que su mente arrojaba. Antón abrió la puerta, despacio. Apenas se veía nada, pero se apreciaba cómo una figura dormía plácidamente en su cama.

—Hazlo ya, antes de que despierte —le apremió.

Ara accedió despacio a la habitación. Sacó los “Suspiros de la Montaña” y contempló al anciano unos instantes. Estaba profundamente dormido, indefenso. Ara se notó temblar. ¿Estaba bien lo que iba a hacer? Sí, ¿no? Eran monstruos, al fin y al cabo, aunque ahora parecieran humanos normales. Miró hacia la puerta, donde estaba su padre observándola. Este le hizo un gesto para que se diera prisa, pues no convenía que el anciano despertara y adoptara su forma bestial. Ara tragó saliva. Era la primera vez que clavaría sus puñales en algo vivo, en una persona. Alzó los brazos enarbolando las armas y las situó sobre el corazón y la cabeza del hombre. Ya solo tenía que bajar los brazos con fuerza y el trabajo estaría hecho. Pero le costaba, como si algo le sujetara el brazo. ¿Se sentirían así todos los Cazalobos la primera vez que mataban a un licántropo? Sí, Ara no concebía que alguien pudiera asesinar por primera vez con tanta facilidad. Respiró hondo, apretó los dientes y clavó sus puñales en el anciano, que no tuvo tiempo de articular ningún sonido. La sangre brotó de su pecho y frente, aunque en la oscuridad solo se apreciaba como un líquido oscuro. Ara sacó sus puñales del cuerpo del anciano y limpió las hojas en las sábanas antes de guardarlos.

Ahora venía la parte más tediosa: borrar todas las pruebas que

podieran y deshacerse de los cuerpos. Y todo debían hacerlo en oscuridad y silencio. Se llevaron las sábanas y telas ensangrentadas, limpiaron el suelo con la fregona y echaron el agua por el desagüe. También lanzaron varios cubos de agua en el jardín para dispersar la sangre que pudiera haber en la hierba. Luego aprovecharon las sábanas y mantas para envolver los cuerpos y los metieron en la furgoneta en medio del silencio de la noche. Ara colocó bien los macetones derribados y limpió la tierra derramada. Una vez comprobado que todo estaba en orden, subieron en la furgoneta y se marcharon de allí.

Antón condujo por carriles de tierra alejándose del pueblo hasta que llegaron a una zona elevada desde donde se veía el cercano embalse de Puente Nuevo. Allí, se detuvieron.

—Venga, ayúdame a bajarlos —pidió Antón, abriendo la puerta trasera.

Ara y él sacaron los cadáveres y les ataron a lo largo del cuerpo unas gruesas varas de hierro. Con eso bastaría para que se hundieran lentamente. Entre los dos arrojaron los cadáveres por el precipicio, directos al agua. El trabajo había terminado.

—Ya llevas tu primera presa en la lista. Espero que sean muchas más, cariño —dijo su padre, dándole un beso en la cabeza.

Ara sonrió. Le gustaba que su padre se sintiera orgulloso. Pero... ¿y ella? ¿Lo estaba ella?

Esa misma noche, también en Sierra Morena, las dos familias habían ido por una senda hasta un arroyo cercano, a unos dos kilómetros de Cortelazor. Era una ruta medianamente conocida por los senderistas, pero a esas horas y en pleno invierno era improbable que hubiera nadie por los alrededores. Todos habían parado junto a una pequeña cascada que caía formando una honda poza, un lugar conocido como “Charco Malo” por los vecinos de la zona.

Maira se había puesto un chándal viejo para hacer la ruta, aunque aún no se había quitado sus trenzas. Pensaba hacerlo en la

oscuridad, cuando Manu no pudiera ver su cabellera.

—Bueno, familia. ¡Ya hemos llegado! —anunció Manuel en voz baja.

—¡Qué ganas! —exclamó Adela, que iba de la mano de su marido.

Manu ayudó caballerosamente a Maira a sortear unas resbaladizas piedras, aunque ambos sabían que no era necesario, pues tenían agilidad y fuerza de sobra para encargarse de algo así. Aun así, Maira agradeció el detalle. Además, sentir su mano agarrando la de Manu era muy agradable.

—Vale, pues como siempre. Chicas allí. —Manuel señaló una zona tras unas rocas—. Y los puercos... aquí mismo.

El comentario arrancó la risa de todos. Celebrar este tipo de reunión era algo que siempre esperaban con ansia. Esta noche estarían unidos como una manada. Se acoplarían con la más pura y salvaje fuerza de la naturaleza.

—Dejad la ropa en un sitio donde no se os ensucie, eh —advirtió Adela a sus hijos—. Va sobre todo por ti, Fernando.

—¡Siempre dejo bien la ropa!

—No me hagas hablar... —replicó ella.

A Maira le pareció ver que las mellizas intercambiaban cuchicheos. Lo más probable es que estuvieran riéndose de su hermano.

Todos comenzaron a desnudarse, pues la ropa corría riesgo de partirse durante la transformación. Cuando esta ocurría, el tamaño general del cuerpo aumentaba. La espalda y el pecho se ensanchaban, los brazos se alargaban y ganaban musculatura, al igual que las piernas, y toda la forma de la cabeza se alteraba para dar lugar a un hocico repleto de colmillos. El pelo les crecía, cubriendo todo su cuerpo, y sus sentidos se agudizaban enormemente.

Maira se deshizo las trenzas, se quitó el chándal, la ropa interior, y lo colgó todo de una rama cercana. Su madre, su abuela, Carla y las mellizas hicieron lo mismo y luego se colocaron en círculo. Llegaba el momento de la transformación. No hacía falta decir nada. No había que dar señales o indicaciones para empezar. Desde ese momento, pertenecían a la libertad más pura.

Maira estiró los brazos y sintió cómo su cuerpo empezaba a cambiar. Cerró los ojos, dejándose llevar por la esencia de la bestia que habitaba en ella. Casi un minuto después, notó que todo su ser estaba en calma, en quietud. Abrió los ojos. Junto a ella, dos pequeñas mujeres lobo olfateaban el aire. Inma y Mercedes aún tenían un aspecto juvenil, pues acababan de entrar en la pubertad hacía poco. Por contra, Carla, Esperanza y su madre lucían distintas. Eran un poco más esbeltas y fornidas. Maira era casi como ellas, quizá más atlética pero algo más bajita. Mientras que su abuela tenía ciertos detalles que la caracterizaban por su edad, como su hocico, más blanco, teñido por canas. Dio unos pasos sobre sus grandes pies terminados en garras y sintió cómo le rozaba el agua del arroyo. La sensación de oler la noche, sentir el frío del viento y el calor que ardía en su interior era indescriptible, lo más cercano a la plenitud que un alma puede poseer. Bebió agua del arroyo. Luego lo cruzó de un salto. Veía mucho mejor ahora en la oscuridad, como si todo estuviera iluminado tenuemente con una pálida luz de neón blanca.

Al alzar la vista, vio a pocos metros de ella a los chicos. Su padre y Manuel eran los más grandes en cuanto a estatura, más incluso que las mujeres. Fernando, a pesar de tener solo doce años, era casi tan alto como Maira en forma bestial, pero se le notaba más escuálido y con menos musculatura que ella. Y luego estaba Manu. Fornido, casi igual de alto que su padre, pero con un aspecto más atlético debido a su mayor juventud. Tenía el pelaje gris, al igual que sus ojos, que mantenían el color de su forma humana.

Maira le observó unos instantes, hasta que el muchacho se acercó caminando sobre sus dos patas traseras hasta situarse frente a ella. Maira acercó su cara a la de él, tanto que pudo sentir su

aliento en el hocico. Un rugido les hizo girarse. Era Manuel. Indicaba que era la hora de sentirse libres, de vagar por las colinas sin ataduras. Fernando y las mellizas echaron a correr y treparon por el barranco, como si jugaran a una suerte de pill-pilla salvaje. Los adultos también se marcharon a toda prisa siguiendo el curso del arroyo, con la abuela Esperanza al frente.

Quedaron así solos Manu y Maira. Ella estaba nerviosa, pero no tanto como en su forma humana. Ahora se sentía más liberada, entregada a lo primitivo. Le dio un suave empujón a Manu y se acercó a la poza donde desembocaba la cascada. Él se colocó junto a ella, observando el fluir del agua. Entonces, Maira se enganchó a Manu y tiró de él hacia el agua, cayendo ella también.

Ambos soltaron un pequeño gruñido al sentir el agua helada sobre sus cuerpos, pero enseguida se adaptaron a esa sensación. Nadaron un poco por el estanque y jugaron tratando de hacerse ahogadillas entre ellos. La forma licántropa, a pesar de su fiera apariencia, desataba en ellos esa mente de niño que ama los juegos y no entiende de vergüenza.

Salieron de la poza al rato y se sacudieron con fuertes movimientos. Ahora, Maira quería correr. Lanzó un suave rugido a Manu y ambos emprendieron la marcha a toda velocidad. Sortearon rocas y arbustos y salieron del barranco. Surcaron colinas, zigzagueando entre pinos, encinas y lentiscos. El frío aire de la noche invernal se acentuaba al combinarse con sus cuerpos mojados, pero eso les hacía sentir aún más vivos.

Llegaron a un pequeño claro en una elevación, siempre rodeados por los árboles. Se sentaron sobre sus patas traseras, la una junto al otro, y contemplaron la luna creciente. Maira se movió un poco hasta pegar su cuerpo al de Manu. Apoyó su cabeza en él y soltó un suave gruñido, que más bien parecía un ronroneo. Sintió cómo Manu le rozaba con su hocico, haciéndole cosquillas en las puntiagudas orejas. Maira aprovechó para lanzar un delicado mordisco en su cuello de forma juguetona. Manu se apartó de un respingo y la observó con un brillo en los ojos.

Pero Maira no se detuvo ahí. Se lanzó sobre él tratando de morder su oreja, mientras él trataba de esquivar sus lances, como si le desafiara a seguir intentándolo. Y, efectivamente, eso hizo Maira. Jugaron así durante mucho tiempo, como si de un gato y un ratón se tratara. No había razón para reprimir nada, pues ahora no obedecían a las conductas impuestas por la sociedad humana.

Llegado el momento, Manu inició la carrera colina abajo, retando a Maira a atraparlo. Pero ella fue más lista. Tomó impulso sobre una roca y fue a parar a un árbol, desde el cual se lanzó en picado sobre Manu. Él la vio venir y se preparó para recibirla entre sus brazos. Pero el choque provocó que ambos perdieran el equilibrio y comenzaran a rodar colina abajo, abrazados y clavando sutilmente las garras en sus espaldas.

Cuando acabaron de moverse, Maira se percató de que estaba casi sentada sobre el vientre de Manu, que la observó con las mandíbulas semiabiertas. Ella dudó un poco, pero al final clavó las garras en su pecho, haciendo que Manu soltara un leve gruñido. Maira quería demostrar su dominancia y dejar claro que la bestia que estaba bajo ella le pertenecía.

Pero Manu, moviéndose como un látigo, dio la vuelta a la situación sin que Maira tuviera tiempo de reaccionar. Ahora él estaba encima y ella debajo, atrapada por su peso. Rugió tratando de liberarse y volver a cargar contra él, pero Manu era más fuerte. Aprovechó entonces su indefensión y le mordió en la oreja. No lo hizo con fuerza, pero lo suficiente para que un fino hilo de sangre saliera de ella.

Maira se notó arder por dentro. Sacó toda la fuerza que pudo y lanzó un zarpazo al brazo de Manu, que tuvo que apartarse para no ser alcanzado. Él rugió. Maira también. Una gota de sangre se deslizó por un colmillo de Manu y fue a parar a su pecho. Maira lo vio y se acercó despacio sin emitir sonido alguno. Él no hizo nada, tan solo lanzó un gutural y contenido gruñido al ver que la chica acercaba su hocico a su pecho.

Maira lamió despacio la sangre que había en él. Luego, ambos se miraron fijamente, examinando cada resquicio de sus ojos. Aquello no acabaría allí. Quedaba mucha noche y ellos querían seguir, ir más allá.

Pero unos rugidos captaron su atención. Los demás les habían encontrado. Ahora tocaba estar todos juntos, en manada, hasta el clamor del amanecer. Maira y Manu fueron con ellos, pero ambos se dedicaron cómplices rugidos antes de seguirles. Rugidos que tenían un claro significado: en algún momento acabarían lo que habían empezado.

CAPÍTULO III

LUNA DE DESASTRE

Eran las cuatro de la tarde del domingo. Maira y su familia estaban en carretera, rumbo a Hornachuelos, tras pasar el fin de semana en la sierra de Huelva.

Tras haber pasado la noche anterior en comunión y convivencia en el bosque, todos deshicieron su transformación cuando empezó a rayar el alba y emprendieron rumbo al pueblo por el mismo sendero por el que habían ido a “Charco Malo”. Mientras los demás iban eufóricos tras una noche de libertad, Manu y Maira no dijeron ni una palabra. Ninguno se atrevía. Lo peor era cuando él se llevaba la mano al pecho para tocarse la cicatriz que le había dejado Maira al clavarle las garras. Ella se moría de vergüenza al recordarlo. Aunque él no se quedaba atrás cuando veía la herida en la oreja de la chica. Ahora que estaban en forma humana, los pensamientos, inseguridades y vergüenzas de su especie habían vuelto, golpeándolos sin piedad. Pero es que era tan difícil controlarse cuando eran bestias... No es que a Maira no le agradase lo que ocurrió, pero quizá no estaba tan mentalizada como creía. No sabía cómo gestionar toda la situación, aunque Manu estaba exactamente igual.

Cuando llegaron a la casa de Cortelazor, todos se marcharon a dormir, pues estaban agotados de una noche tan intensa. Descansaron hasta la hora de comer; cuando despertaron, se zamparon las sobras del día anterior, pues nadie había cocinado ni había fuerzas para ello.

—Creo que algunos han sido más salvajes que otros... — mencionó Adela durante el almuerzo al percatarse de la actitud de ambos jóvenes, causando disimuladas risas en los demás.

—“Gracias por iluminarlos a todos, mamá” —pensó Maira, sintiéndose roja como un tomate.

Tras recoger, Maira y su familia se marcharon. Manu y ella se despidieron con un tímido: “Hasta la próxima. Ya vamos hablando”, pues ninguno daba el paso para decir algo más. Aun así, aquella noche había sido especial para Maira. Estaba feliz, aunque se avergonzaba de lo lanzada que había sido. Aunque se había propuesto ir a por todas, no esperaba hacerlo en forma licántropa, pero tenía que admitir que había logrado más avances que en forma humana. Gracias a eso, las cartas estaban boca arriba.

Tiempo después, llegaron a casa. Maira fue la primera en pedir el baño para darse una ducha, pues quería lavarse el pelo y eso le llevaría un buen rato. Por supuesto, su hermano se quejó de su tardanza, ya que quería ducharse para salir con los amigos.

—¡Coge la manguera del jardín si tanta prisa tienes! —gritó ella desde la ducha.

Oyó a su hermano refunfuñar, pero no le hizo caso.

Al acabar de asearse, fue a su habitación y examinó las fotos que se había hecho con Manu. Quizá sacara alguna para ponerla en un marco. Una notificación de móvil le sacó de sus pensamientos. Era Ara. Preguntaba si ya estaba en casa y cómo lo había pasado en la sierra. Maira se sintió mal, pues había prometido escribirle por la noche, pero con la emoción de la salida nocturna lo había olvidado por completo.

—“Sí, he llegado hace poco. Perdona que no te dijera nada ayer, entre una cosa y otra se me pasó. Espero que la barbacoa fuera genial” —escribió.

Ara le respondió al instante.

—“Ya te digo. Me puse hasta arriba de lomitos y tortilla de patatas. Creo que puse un par de kilos, ja, ja, ja”.

—“Pues ya sabes. La mejor manera de quemar calorías es en una cama... con compañía ;)” —tecleó Maira, riéndose ella sola.

—“¡Serás zorróna! Ahora entiendo por qué tienes ese cuerpazo. Mucho ejercicio en la cama, eh :p”

Maira se rio aún más. Incluso a través del móvil le encantaba hablar con Ara. Parecía que se conocían de toda la vida, a pesar de que solo habían pasado dos días. Habían desarrollado una confianza tan rápido que daba vértigo pensarlo.

—“Este cuerpo viene de serie, nena” —escribió—. “Aunque... ya te contaré”.

Quería hablarle de Manu. Quizá Ara pudiera aconsejarle algo. Sus amigas siempre le decían lo mismo: “Enséñale las tetas y es tuyo”. Las quería mucho, pero sus consejos no eran los mejores, aunque quizá fuera porque tenían una vida sexual más activa que ella. Maira, por ahora, tenía cero experiencia.

—“Uhhh, eso huele a cotilleo” —respondió Ara mediante texto—. “¿Quieres que quedemos el martes en Córdoba?”

Maira repasó mentalmente sus planes, que no eran muchos salvo estudiar y hacer algún que otro trabajo.

—“Venga, sí. ¿A eso de las cinco frente a la mezquita?” —preguntó.

—“Perfecto. Iré en moto ;)” —respondió Ara—. “Pues te dejo, que tengo que ayudar a mi padre con una cosilla. Chao!!”

Maira dejó el móvil y decidió adelantar un poco el trabajo de Historia, ya que el martes no podría hacer nada del instituto. Se sentía bien, satisfecha con su vida. Había hecho una gran amiga. También había avanzado en su relación con Manu, y acababa de alcanzar la mayoría de edad. Estaba en un dulce momento. Ya solo le faltaba sacar un diez en el trabajo de Historia.

Antón encendió el portátil. Un mapa se mostró en la pantalla marcado con puntos rojos en varios lugares.

—¿Qué querías? —preguntó Ara entrando en el salón.

—Ven. Siéntate —le indicó su padre.

Ara se sentó en el sofá junto a él y echó un vistazo a la pantalla.

—¿Eso son...?

—Áreas donde podría haber manadas de esas cosas —dijo su padre refiriéndose a las marcas del mapa—. Había pensado que podíamos ir el martes a investigar en los alrededores de Hornachuelos. Es uno de los lugares donde podrían esconderse las bestias. Está rodeado de naturaleza, a las puertas de un Parque Natural. Hay muchas fincas por todas las afueras, idóneas para que los licántropos hagan su vida y pasen desapercibidos. Si encontramos en Villaharta, no me extrañaría que en Hornachuelos apareciera alguno. Las sierras cordobesas son un buen escondite.

Ara centró su atención en una zona con varios puntos rojos. Además del citado Hornachuelos, también había en Bembézar del Caudillo, San Calixto, La Puebla de los Infantes y Navas de la Concepción. Toda el área comprendida entre esos municipios contenía reportes de historias y leyendas sobre hombres lobo. Avistamientos de siluetas inexplicables en la oscuridad, aullidos durante algunas noches o huellas demasiado grandes para ser de perros. Cualquier cosa servía para sospechar. Por muy discretos que quisieran ser, los licántropos no podían reprimir lo que eran. Siempre había algún rastro. Y ahora podían confirmar la presencia de los monstruos con el nuevo y prodigioso artefacto.

—El martes no me viene bien... He quedado con una amiga en Córdoba... —se excusó Ara.

Su padre alzó la vista, solo para ver su expresión suplicante. Suspiró.

—Está bien. Pero yo iré a investigar por la zona. Si encuentro algo, ya pensaremos en cómo actuar a lo largo de la semana, ¿vale?

Ara le dio un abrazo a su padre.

—¡Eres el mejor! Me llevaré la moto.

—Vale, pero no me la traigas seca, ¿eh? Échale un poco de gasolina —le advirtió.

Ara se marchó a su cuarto. Quería repasar para un examen de mañana, aunque creía llevarlo bien. Mientras estaba estudiando, un pensamiento le vino a la cabeza. Maira llevaba unos pendientes de colmillo de lobo auténtico. ¿Era posible que...? No, menuda estupidez. Ninguna bestia sería tan agradable y maja como Maira. Además, le había dicho que los consiguió su abuelo matando un lobo cuando era joven. No es ningún misterio que antes había alimañas como esa poblando esas sierras. Se regañó a sí misma por pensar algo tan cruel de su amiga. ¿Cómo se atrevía a pensar en ella como una bestia sanguinaria que podría descuartizar a cualquiera con sus fauces? Ser Cazalobos le hacía sospechar de cualquiera. Era parte de su entrenamiento, al fin y al cabo. Había dudado el otro día frente a los ancianos, pero ahora que lo había pensado con calma tenía la certeza de que habían hecho lo correcto. Se había dejado engañar por una fachada y no podía volver a permitírselo. Su padre se había dado cuenta de ello aquella noche, por lo que al llegar a casa había decidido mantener una charla con su hija. Le repitió, de nuevo, la importancia de los Cazalobos y su importante misión. Ara había escuchado hasta la saciedad esa historia. Su padre parecía un disco rayado a veces.

En esencia, los Cazalobos surgieron en el mismo momento en que el primer licántropo hizo su aparición. Cuando estas bestias comenzaron a pisar los bosques, ayudaron a los lobos a luchar por su supervivencia. Los humanos trataban de protegerse de los ataques de las alimañas desde siempre, luchando por conservar el ganado que tanto necesitaban y protegiendo a sus gentes de los ataques. Podían matar lobos, sí, pero poco había que hacer frente a los monstruos que les acompañaban. El ganado comenzó a sufrir

muerter masivas, apareciendo descuartizado cada mañana. Los lobos contaban ahora con unos peligrosos aliados. Comenzaron a ganar terreno a los humanos.

Así surgieron los Cazalobos, en un intento de frenar el avance de los licántropos y sus aliados lobunos. Se llegó a una época de fuertes conflictos y enfrentamientos entre ambos bandos. Los Cazalobos debían proteger a los humanos de las bestias a toda costa. Los licántropos eran una amenaza que se debía erradicar. Sin embargo, cansados de las muertes y persecuciones, los licántropos ofrecieron a los Cazalobos un acuerdo. Una manera de alcanzar una tregua. Los licántropos cuidarían para que los lobos no interfirieran con la vida de las personas y sus rebaños, incluyéndose a ellos mismos en este apartado. A cambio, solicitarían sacrificios ocasionalmente para que los lobos del bosque se alimentaran. Era tan fácil como ofrecer animales muertos, enfermos o simples piezas de caza. De esa manera, los ataques terminarían y se alcanzaría la paz entre humanos y licántropos.

Al principio, los Cazalobos no estaban muy de acuerdo con esta idea, pues temían que la naturaleza sanguinaria y salvaje de los hombres lobo acabara por volver a causar estragos. No se fiaban de las bestias. Nunca lo habían hecho. Sin embargo, tras arduas disputas y reuniones, decidieron aceptar el trato, aunque muchos no estuvieran convencidos de ello. Se alcanzó así un período de tranquilidad y armonía entre el humano y la bestia. Pero esta no duró mucho.

Un buen día, una pareja de pastores, muy querida en la zona, apareció muerta en su cabaña con grandes y profundos tajos a lo largo de su cuerpo. Las heridas eran brutales, como generadas a base de una profunda ira. Sin duda, aquello fue obra de un licántropo, pues ni un lobo podría haber hecho aquel sangriento destrozo. Ese fue el momento en el que todos los Cazalobos lo tuvieron claro: era imposible confiar en una bestia, pues su naturaleza era la violencia más salvaje y destructiva. Terminó así el